
VI

Nueva faz de su carrera política.—Comisiones diplomáticas interesantes.—Últimos actos de su vida pública.—Su regreso al país.

SIGUIENDO el orden cronológico de los sucesos en que el Sr. Velazquez tuvo un papel, desempeñó una mision ó ejerció alguna influencia, llegamos al año de 1863 en que México fué el teatro de acontecimientos interesantes y solemnes, que la Historia ha recogido, que la Historia ha consignado y que á la Historia está reservado calificar.

Está muy léjos de nuestro alcance, es enteramente ajeno de nuestro trabajo, y no forma parte de nuestro propósito, hacer un exámen de la trasformacion que en ese año memorable sufrió el Gobierno del país.

Prevision ó imprudencia, cordura ó desacierto, elevacion de miras ó error de cálculo, creemos poder afirmar, y lo hacemos con verdadera conviccion, que la rectitud de intenciones y la lealtad de pro-

ceder, fueron el móvil de la trasformacion mencionada, á la que se adhirieron sin reserva, simpatías, inteligencias y virtudes; y en el nuevo órden de cosas á que dió origen, el Sr. Velazquez siguió prestando al país sus servicios en los puestos más elevados y difíciles, con un acierto siempre confirmado y con una lealtad nunca desmentida.

Depositario de una confianza ilimitada, fué investido de facultades amplísimas y plenos poderes (13 de Abril de 1864), para celebrar un convenio relativo á la desocupacion del país por las tropas extranjeras, á fin de alejar del nuevo Gobierno todo lo que pudiera quitarle su carácter nacional; y despues de haber desempeñado el Ministerio de Estado, siendo Ministro sin cartera (1º de Abril de 1864) el desempeño de una comision diplomática, grave, delicada y difícil, lo obligó á salir del país, cuando el nuevo Gobierno comenzaba á establecerse.

Algunos asuntos pendientes con la Santa Sede, para cuyos arreglos el Nuncio de S. S. manifestó no tener ni instrucciones ni facultades, determinaron el envío á la Corte de Roma, de una Mision Diplomática Extraordinaria.

La alta dignidad del Soberano á quien esta Mision iba dirigida, exigia que el personal de ella lo constituyeran individuos altamente caracterizados: la naturaleza de las cuestiones que debian tratarse, hacia indispensable que la eleccion recayera en personas verdaderamente católicas; y la influencia

que los arreglos celebrados debian ejercer en el bienestar del Pueblo Mexicano, reclamaba en aquellas un acreditado patriotismo; y teniéndose presente este triple requisito, se nombró Jefe "á la primera persona del Gobierno, el distinguido y tan católico Ministro Velazquez de Leon."¹

En desempeño de este último cargo salió para Europa, donde permaneció hasta Enero de 1871, en que regresó á esta Capital, consagrándose á la lectura, al estudio, á las bellas artes, á las afecciones de la familia y á la sociedad de sus amigos en el retiro de la vida privada.

Cumple á nuestro deber y corresponde á nuestro propósito, consagrar á ésta algunas palabras, ya que las páginas que anteceden nos han sido arrebatadas por los notables hechos que constituyen su vida pública.

1 Palabras de la Carta dirigida á S. S. el Papa Pio IX.

VII

Rasgos de su vida privada.—Accidente desgraciado.—La pérdida de su vista.—Sus sufrimientos.—Su enfermedad.—Su muerte.—Sus exequias.

A LA muerte de su hermano Juan Luis, acaecida el 18 de Agosto de 1846, se hizo cargo de sus cuatro sobrinos, á quienes consagró todo el afecto de un padre y quienes le correspondian con toda la ternura de unos hijos.

Desde entónces la principal de sus ocupaciones fué la educacion de sus jóvenes sobrinos, que herederos de las virtudes y la inteligencia que siempre caracterizaron á la familia Velazquez de Leon, supieron aprovecharse de la educacion esmeradísima con que acabó de formar su corazon, su generoso, respetable y virtuoso Tio, de quien tuvieron el consuelo de ser el apoyo en los últimos años de su vida, cabiéndole á él la satisfaccion de ver en ellos, tipos bien acabados de caballeridad y de virtud, que dan lustre á la sociedad en que viven,

al nombre que llevan y á la familia á que pertenecen.

La misma cariñosa proteccion concedió á los hijos de su hermana mayor D^a María de los Ángeles, muerta el 18 de Abril de 1850, en quienes concurren las mismas estimables cualidades.

La muerte de dos de estos para él queridísimos sobrinos, vino á aumentar el número de sus grandes pesares, que sobrellevó con una resignacion verdaderamente cristiana.

La Minería á que habia prestado tan importantes servicios, vino á llamar á las puertas de su retiro, solicitando sus últimos auxilios y acordándole su última distincion.

La Sociedad Minera Mexicana, establecida en esta Capital el 20 de Febrero de 1873, le extendió el Diploma de Socio Residente, el 21 de Abril de 1874.

Aunque siempre disfrutó sueldos proporcionados á la categoría y á la importancia de los puestos que ocupó, los últimos años los pasó en una decente y honrosísima pobreza; pues á una honradez intachable que era el carácter de una vida que podemos llamar inmaculada, y á los crecidos gastos que demandaba su elevada posicion, se agregó el hecho de que en las circunstancias críticas para el Erario, se abstuvo de cobrar sus sueldos, resultándole un crédito contra la Nacion de 16,395 pesos y 56 centavos, que la justicia y la gratitud aconsejan pagar á su familia.

Consagrado siempre á estudios provechosos, se ocupaba un dia de hacer unas observaciones de Sol, haciendo explicaciones á algunos de sus amigos, al lado de un telescopio de poderosas lentes. Uno de sus amigos se acercó al ocular, y sin apercebirse de ello, retiró el helioscopio sin que el Sr. Velazquez, preocupado en su explicacion, lo hubiera notado; así es que sin precaucion ninguna se acercó á observar el astro, colocado en el campo de la vision, sintiendo en el acto la intensidad de la luz blanca, que le causó una enfermedad en la retina, que acabó por la atrofia del nervio óptico. Tal vez ésto hizo que el mal se trasmitiera al otro ojo, en el que poco á poco fué perdiendo la vista hasta quedar *completamente ciego*.

Trece meses pasó en este horrible martirio, privado de la luz que da vida á los séres, forma á los objetos, colorido á la hermosura, animacion á la naturaleza! Trece meses sin gustar el placer de la lectura, la distraccion del estudio ni el encanto de las artes! Trece meses en esa interminable noche en que todo lo cubren las sombras con su manto de muerte! Trece meses sin ver á los que le rodeaban y le dirigian palabras de consuelo, de esperanza ó de cariño, pretendiendo ocultar un dolor tan justificado como grande! Trece meses secuestrado en esa horrorosa soledad que ni siquiera puede concebirse, y ésto sin exhalar una sola queja, sin dejar desahogarse su dolor, sin entregarse á una desesperacion tan natural en otra alma que no hubiera

sido tan grande! Él, por el contrario, sufriendo tan terrible prueba con la apacible resignacion del justo, adornó su acrisolada frente con la luminosa aureola del mártir.

Libre de toda enfermedad que hiciera temer por su apreciable vida, su salud era completa, cual correspondia á su naturaleza vigorosa, á sus costumbres purísimas y á su vida perfectamente ordenada. Habia, no obstante, llegado su hora, y Dios le designaba ya el momento de su descanso.

El dia 1º de Febrero de 1882 se sintió atacado de una pulmonía fulminante, y la ineficacia de los más rigurosos recursos de la Ciencia, desde el principio puso en relieve la exactitud de los más funestos pronósticos: el dia 5 recibió los últimos Sacramentos de la Iglesia, y el dia 8 á las diez y cuarenta minutos de la mañana, aquella cabeza en que germinaron tantos pensamientos tan útiles, elevados y patrióticos, cayó herida por el golpe certero de la muerte; aquel pecho que respetaron los proyectiles guerreros en los campos de batalla y que adornaron tantas honoríficas condecoraciones conquistadas con el valor, con la virtud y con el talento, habia cesado de latir; aquella voz que derramó la enseñanza en las aulas, la ilustracion en las Academias, la ventura en el hogar, habia quedado muda; aquellas manos que fueron el apoyo del desvalido, el sosten del desgraciado y el instrumento de la caridad, estaban crispadas;

aquella vida, llena de hechos notables, de trabajos útiles y de acciones meritorias, se extinguió para siempre, á los 78 años, 10 meses y 22 dias de su existencia.

Sus facultades intelectuales se conservaron en toda su plenitud; su genial bondad se reflejaba en todos sus actos; y en su lecho de muerte, cuando la última chispa de su existencia se apagaba, vimos brillar entre sus postreros resplandores, la prudente discrecion del caballero, la serena tranquilidad del filósofo, la ardiente Fé del cristiano y la esperanza dulcísima del justo.

Su vida fué un saludable ejemplo digno de seguirse, y su muerte un verdadero triunfo digno de admirarse; y al despedirse de la vida, dejó la amargura y el dolor en el corazon de los que sinceramente le amamos.

El dia 10, en la Parroquia de Tacuba, se celebraron sus exequias en presencia de su cadáver, el que fué en seguida conducido al cerro del Tepeyac, donde lo vimos desaparecer para siempre. Su nombre fué borrado del catálogo de los vivos, pero su memoria vive en el recuerdo de los que supieron apreciar sus virtudes.

Toda la sociedad de México se sintió conmovida con la noticia de su muerte, y toda la Prensa la consignó con frases de alabanza y de sentimiento.

La vida que acabamos de bosquejar con tan pálidos colores, merece estar consignada en nuestra

historia pátria, por los hechos notables que la constituyen; y nosotros, al apuntarlos en este imperfecto ensayo, hemos querido preparar el asunto á sus biógrafos, desahogando un deber de gratitud hácia el hombre extraordinario, que con toda propiedad merece el epíteto de Benemérito de la Minería.

EPÍLOGO

VIII

La Prensa y el Sr. Velazquez de Leon.

CUANDO la muerte de un hombre notable viene á conmover á la sociedad en que ha vivido, los órganos de la opinion pública se apresuran á dar la noticia de su fallecimiento, consignando un hecho que por su significacion no puede pasar inadvertido, y agregando algunos comentarios nacidos de la imparcialidad, porque "al que ya no existe se le hace justicia."

Vamos, como complemento de las líneas que anteceden, á consignar la manera con que se ocuparon de la muerte del Sr. Velazquez de Leon, algunos de los periódicos de esta Capital.

El Minero Mexicano, suprimiendo su folletin y sus avisos, le consagró todo el número, enlutando rigurosamente sus columnas.